



Laurisilva en estado puro. Sendero en la Reserva Natural Integral de El Pijaral. Parque Rural de Anaga. (●) EDUARDO RODRÍGUEZ EXPÓSITO

Conservar o no conservar, ¿he ahí la CUESTIÓN?

Somos la única fuerza perturbadora del planeta que puede estimar el alcance de sus acciones ■ Hoy en día son muchos los viajeros que visitan nuestras islas para apreciar lugares y especies únicas que no se disfrutan en otros lugares del mundo

E. RODRÍGUEZ EXPÓSITO/
A. MARTÍN

Si pensamos por un segundo en la relación del ser humano con su entorno, podríamos definir rápidamente dos tipos de personas, las que viven sin tener en cuenta su impacto sobre el planeta, y aquellas que tratan de desdibujar, en la medida de lo posible, las profundas huellas que el ser humano deja allá donde pisa. Ambos tipos de ciudadanos parecen inmersos en una lucha que parece no tener fin, ¿o sí podría tenerla?

El ajetreo de nuestras vidas nos roba un tiempo precioso que podríamos usar para tratar de dilucidar lo que está pasando. ¿Cómo es posible que haya personas que no son capaces de comprender la necesidad de proteger nuestro entorno? Pensemos por un instante. ¿Y si todo ese problema no fuese más que el fruto de una falta de información?, ¿y si una parte de la sociedad no hubiese entendido aún el valor de lo que está perdiendo con sus acciones?, ¿y si la comunidad cien-

tífica no hubiese sido capaz de hacerse entender? Quizás lo más sensato sería empezar a plantearnos una cuestión básica: ¿por qué debemos conservar el entorno que nos rodea y las especies que en él habitan?

Dos respuestas podrían esbozarse de inmediato en nuestras mentes. En primer lugar, por simple ética, ya que somos el único vector de alteración del planeta consciente de sus acciones, es decir, somos la única fuerza perturbadora que puede estimar el alcance de sus acciones y puede poner freno a aquellas perjudiciales si así lo decide. Pensemos por un instante en una especie exótica invasora, por ejemplo, el rabo de gato (*Pennisetum setaceum*), la rata negra (*Rattus rattus*) o la cotorra argentina (*Myiopsitta monachus*). Todas ellas causan a día de hoy grandes alteraciones en los ecosistemas canarios, sin embargo, ninguna lo hace intencionadamente. Su impacto negativo, derivado de su elevada capacidad de dispersión y el desplazamiento de otras especies de sus lugares de distribución, no es más que un daño co-

lateral del desempeño de sus funciones vitales, y en ningún caso pueden hacer nada para remediarlo. Ahora bien, pensemos en el ser humano y algunas de las acciones que llevamos a cabo, por ejemplo, destrucción de hábitats, introducción de especies invasoras, sobreexplotación de recursos, caza furtiva o la alteración de las condiciones ambientales por contaminación, entre otras. Todas ellas tienen dos cosas en común: nosotros somos los causantes de las mismas, y si lo deseamos podemos poner fin de inmediato a dichas acciones minimizando así sus efectos nocivos para el entorno.

Llegados a este punto, algunas personas podrían pensar que ya contamos con un argumento de peso que justifica la conservación del medio. Pero seguro que también hay una parte de la población que sigue opinando que esto no justifica por sí solo el esfuerzo y la fuerte inversión que implican las acciones destinadas a la conservación. Pues bien, hay una segunda razón que justifica las acciones destinadas a la conservación. Debemos conservar

nuestro entorno aunque sea por simple egoísmo. Es absolutamente cierto que los planes para la conservación de especies y ecosistemas tienen un elevado coste, pero alguna vez se ha planteado los beneficios que nos reportan cada uno de los elementos de nuestro entorno? Pongamos tan solo un par de ejemplos que nos pueden abrir los ojos.

El arca de las afortunadas

El turismo es una de las actividades que mayores beneficios aportan a nuestras islas. A lo largo de los años, esta actividad se ha ido diversificando para cubrir nuevos nichos de mercado y, en consecuencia, han ido apareciendo nuevas ramas como alternativa al turismo de sol y playa, por ejemplo, el turismo naturalista. Hoy en día, son muchos los viajeros que visitan nuestras islas para apreciar lugares y especies únicas que no puedan disfrutar en otros lugares del mundo. En este sentido, en las islas Canarias alrededor de un tercio de los organismos que aquí habitan son exclusivos de nuestro archipiélago. Además, nuestras islas cuentan con algunos ecosistemas extremadamente singulares que impulsan a turistas de todo el mundo a visitarnos para poder disfrutar de los mismos en todo su esplendor. Este es el caso de la laurisilva, un bosque relictico, que actualmente es sólo un recuerdo de lo que llegó a ser durante el Terciario, y que cuenta hoy en día con algunas de las mejores representaciones del mismo en islas como La Gomera, La Palma y Tenerife. Controlando roedores de la forma más económica posible.

El gobierno realiza grandes inversiones cada año en la compra de veneno para acabar con los roedores que pueden dañar las cosechas de los agricultores y son foco de enfermedades para el hombre. ¿Y si existiese una manera más ecológica de ahorrarnos todo ese dinero? Pues efectivamente la hay. Las poblaciones de búho chico (*Asio otus*) y lechuza común (*Tyto alba*) que habitan en Canarias son la mejor opción para controlar los roedores de nuestros campos. Una lechuza adulta suele consumir entre uno y tres roedores al día. Si en lugar de un individuo aislado, pensamos en una pareja de lechuzas que tenga tres pollos que alimentar, eso supondría un consumo de cinco - 15 ratones al día, o lo que es lo mismo, esa familia eliminaría de nuestros campos entre 1800 y 5500 roedores a lo largo de un año de forma totalmente gratuita. Estas dos especies, apodadas vulgarmente "corrujas", han visto mermadas sus poblaciones debido a la inmerecida mala fama que poseen. Sin embargo, una apuesta en firme, que permitiese el establecimiento de estas aves en las inmediaciones de nuestros campos, pueblos y ciudades, repercutiría muy positivamente en nuestra economía.

Las poblaciones de búho chico y lechuza común que habitan en Canarias son la mejor opción para controlar los roedores

Existen argumentos de peso que justifican la necesidad de conservar el entorno y es posible que muchos sean desconocidos

En definitiva, existen argumentos de peso que justifican la necesidad de conservar nuestro entorno. Sin embargo, es posible que muchos de ellos sean desconocidos por gran parte de la población. Sólo una labor de educación ambiental, que tienda puentes entre el conocimiento que atesora la comunidad científica y el resto de ciudadanos, podrá decantar la balanza a favor de la conservación del medio ambiente.

En definitiva, existen argumentos de peso que justifican la necesidad de conservar nuestro entorno. Sin embargo, es posible que muchos de ellos sean desconocidos por gran parte de la población. Sólo una labor de educación ambiental, que tienda puentes entre el conocimiento que atesora la comunidad científica y el resto de ciudadanos, podrá decantar la balanza a favor de la conservación del medio ambiente.

Eduardo Rodríguez Expósito
y **Aurelio Martín**. Biólogos. Miembros de la Asociación para la Conservación de la Biodiversidad Canaria (ACBC)